

Autor: Abilio Ayuso
EL NEGRO
MAKELE

Ilustrador Ronny Bravo



Cuesta entender como aquel negro podía ser tan *TP* torpe, tozudo y malintencionado, pero mirando a nuestro alrededor seguro que podemos detectar muchos como él.

A principios del año 1956, yo estaba a punto de hacer la primera comunión en el colegio religioso donde estudiaba, ello comportaba que algún sábado tuviéramos que acudir el grupito de futuros comulgantes a ensayar la ceremonia.

Entre ensayo y ensayo nos permitían jugar en el enorme patio de recreo que entonces aparecía extrañamente vacío.

En una de esas ocasiones, vimos que no estábamos solos. Un misionero de edad incalculable reposaba en uno de los bancos, su condición la delataba el hábito marrón con capucha y cordón, su enorme rosario de madera, y su larguísima barba blanca.

Nos acercamos con una mezcla de curiosidad y respeto, saludamos cortésmente, y como respondió con una afable sonrisa nos atrevimos a rodearle y bombardearle con preguntas:

“¿Ha estado en África?”.

“Por supuesto, más de medio siglo”.

“¿Ha visto leones?”.

“Alguno”.

“¿Y elefantes?”.

“También”.

“¡Cuéntenos las cosas que ha visto!”.

“Huy para eso tardaríamos años, pero si estáis atentos y no hacéis más preguntas, os contaré una historia”.

“¿Cuál?”

“La del negro Makele”.

“¿Era caníbal?, ¿Era guerrero?, ¿Era jefe?”.

“Habíamos quedado sin preguntas”.

Callamos como muertos y comenzó la historia:

Ocurrió cuando yo era muy joven, me habían destinado a una aldea donde la forma de vida había cambiado hacía pocos años.

Desde siglos atrás, los hombres únicamente se ocupaban de la guerra con otras tribus y la caza, mientras que las mujeres de todo lo demás, es decir: Cultivar el campo, cuidar los rebaños, atender la casa, los niños, Etc.

Pero con la llegada del hombre blanco todo fue diferente, las lanzas nada podían contra un buen fusil o una ametralladora y por tanto se acabó la guerra, y los safaris habían exterminado o ahuyentado la caza en aquella zona, así que aquellos antiguos guerreros y cazadores se quedaron sin ocupación.

Sin embargo, no penséis que fue una desgracia, el fin de las sangrientas batallas entre tribus hizo que finalizaran tantas muertes y mutilaciones, por lo tanto había más jóvenes sanos y fuertes, pero sin trabajo.

Entonces les convencimos de que se adaptaran a los nuevos cambios y ayudaran a las mujeres en las pesadas tareas del campo, y así lo hicieron la mayoría, no por galantería ni por sentido de la justicia, sino porque les dijimos que de esa forma podrían cultivar mucho más, tener más comida, más ganado y ser más ricos, y que sus mujeres, sin tanta carga a sus espaldas, se mantendrían guapas durante más tiempo, en lugar de envejecer prematuramente.

Uno de los que se negó rotundamente fue Makele, que era un negrote enorme y zafio, cuyo padre había muerto en una de tantas guerras tribales, y vivía a expensas del trabajo de su madre, porque aunque tenía edad sobrada para haber fundado una familia, ninguna de las jóvenes de la tribu quería saber nada de él, puesto que no querían convertirse en sus esclavas para que él holgazaneara.

Sin embargo, Makele se mantenía aferrado a sus principios, él era un guerrero aunque no hubiera guerra, y un cazador aunque no hubiera caza, y nunca haría un trabajo de mujeres.

El resultado es que, sin trabajar, sin mujer y con sus compañeros cultivando o pastoreando, se sentía solo y se aburría muchísimo.

Una de las formas en que combatía ese aburrimiento mortal, era subiendo unas montañas hasta llegar a un acantilado, bajo el cual, transcurría un camino que unía dos aldeas. Allí esperaba a que pasara algún caminante para, desde arriba, apedrearle y reír como un loco viéndole correr.

Los apedreados no tenían opciones, ni podían subir la pared vertical, ni podían devolver las piedras que caían desde aquella altura, ni siquiera veían quien les atacaba porque quedaba oculto en los matorrales de la cornisa, solo podían tratar de protegerse y correr.

Makele se retorció de risa viéndolos huir. Por la noche, junto al fuego, explicaba sus hazañas a los amigos: “Hoy ha pasado un viejo con un bastón que casi no podía caminar, pero cuando han comenzado a caerle piedras ha corrido mucho, se ha curado de repente y gritaba como un demonio”.

Sus amigos a veces le decían: “Pero Makele, eso es malo, haces daño a la gente”.

Pero él respondía: “¿Cómo va a ser malo?, es divertido, da mucha risa, el camino es largo y aburrido y yo les distraigo”.

Así transcurría la vida para aquel negrote tozudo y gandul, hasta que un día su madre cayó enferma.

Makele estaba aterrorizado, se preguntaba: “¿Cómo voy a comer yo ahora, quien va a cultivar para mí?”, era lo que realmente le preocupaba, más que la vida de su pobre madre.

Ella le llamó y le dijo: “Corre a la aldea vecina, llévale una gallina al chaman, y explícale lo que tengo, él te dará unas hierbas que me curarán, no tardes”.

“¡Si madre!”, y salió del poblado galopando como alma que lleva el diablo.

Al día siguiente regresó con una bolsita atada a la cintura y luciendo una herida ensangrentada en la cabeza.

No parecía el mismo, sus ojos brillaban de odio, su rostro desprendía furia y no paraba de repetir: “Los mataré, a todos, los mataré, no escaparán”.

La gente le preguntó que le pasaba, y entre espumarajos y maldiciones explicó: “Venía yo de ver al brujo, y al pasar cerca de un monte alto, me han tirado piedras y me han hecho daño”.

“¿Pero has visto quién era?”,

“Nooo, pero los encontraré y los mataré”.

En ese momento me acerqué yo al grupo con agua limpia y un paño para curar a Makele.

Mientras lo hacía, no pude por menos que darle una lección de moralidad, y le dije: “¿No te das cuenta de que eso es lo mismo que haces tu casi todos los días?”.

Se volvió como si le hubiera picado un escorpión, y a grandes voces dijo: “¿¡Cómo va a ser lo mismo!?, ¿Cómo va a ser lo mismo?, lo que Makele hace es risa ja, ja, divertido, pero esto es malo hace daño”.

Sus amigos asintieron: “Claro Makele, tú siempre tiras piedras y hoy te las han tirado a ti”.

“¡Pero no es lo mismo!, cuando Makele viene de montaña nunca daño, solo risas y jaja, gritaba como un poseso”.

En los años que estuve en la zona, Makele nunca cambió, siempre maldijo a los que le habían apedreado y nunca reconoció que era lo mismo que hacía él.

Aquí el misionero interrumpió el relato, y nosotros nos atrevimos a preguntar: “¿Pero era tonto ese negro?, ¿No se daba cuenta que tirar piedras o que te las tiren es el mismo mal?, eso es que no tenía cultura ni iba a la escuela”.

El anciano sonrió y nos dijo: “¿Os parece que eso solo pudo pasar por que era un negro muy tonto?, pues acordaros que a lo largo de vuestra vida vais a ver muchos negros Makele, gente que dependiendo de si hacen algo a los demás, o los otros se lo hacen a ellos, les parece que el mismo hecho es completamente diferente, bueno o malo solo debido a si les perjudica o les beneficia”.

Otro niño preguntó: “¿Y que le pasó al final cuando su madre murió de vieja?”.

Bueno en realidad a mí me destinaron a otra zona antes de que eso ocurriera, pero sé que Makele tuvo su merecido castigo”.

“¿Se murió de hambre?”.

“No, escuchar: Tiempo después, estando yo sentado en la plaza del poblado, vino a verme un sargento del ejército con un pelotón de cinco soldados, yo lo conocía hacia años, era un hombre rudo, pero no malo, me saludó respetuosamente”.

“Buenos días, padre, sé que no le va a gustar, pero el comandante me manda a buscar un ayudante de carga para nuestro grupo”.

“Un esclavo querrás decir”.

“Llámelo como quiera, a mí me han dicho que tome el primer hombre fuerte que vea, pero yo prefiero que usted que conoce esta gente me diga cual debo coger”.

“¡Pero como voy a decidir yo eso!, diga cual diga la esclavitud es un pecado, pero haremos una cosa, llamaremos al jefe de la tribu para que él decida y así no ofenderle”.

Así lo hicimos, pero el jefe tampoco quería escoger, porque cualquiera que fuera, su familia le odiaría por haberle designado, estando en esa discusión pasó un mozo llevando unas cabras y el sargento dijo: “Yo entiendo su problema, pero o cumplo órdenes o me fusilan, me llevo ese mismo y en paz”.

“¡Ese no!”, le detuve yo con un grito, “Tiene tres hijos pequeños y su mujer está enferma”.

“Pues ya me dirá usted quien”.

En ese momento venía Makele a lo lejos, tan contento por el camino de la montaña, seguramente de tirar piedras. El jefe y yo nos miramos y dijimos a la vez: “¡Makele!”.

Yo concreté: “Es un chico muy fuerte, conoce la zona y está soltero y sin hijos, el único problema es que es algo tozudo”.

El sargento sonrió y señalando su vara dijo: “Eso no es problema, entre esta y yo le curamos la tozudez de golpe”.

Saludó y se fue con sus soldados a por Makele, que en santiamén estaba caminando atado hacia el campamento del ejército.

Otro niño preguntó: “¿Y su madre no se enfadó?”.

“Pues no mucho, porque a partir de entonces, con la cuarta parte de comida ya tenía bastante para ella y no tenía que trabajar como una bestia, además pensó, que así, por lo menos, cuando ella muriera su hijo seguiría teniendo un plato de comida”.

Ha pasado mucho más de medio siglo desde que el misionero me explicó aquella historia, y efectivamente, a lo largo de mi vida, sin necesidad de ir al África, he podido ver muchos, muchos negros Makele.

Por ejemplo, el típico empresario, que cuando coloca un producto dudoso, dice que ha sido listo y ha hecho un buen negocio, y cuando alguien se lo hace, dice de él que es un ladrón y un sinvergüenza.

El gamberro que no soporta que le gasten una gamberrada, y tantos otros, que la lista sería interminable.

FIN...